



## **JOSÉ MARÍA DE AZCÁRATE RÍSTORI (1919-2001)\***

Don José María de Azcárate Rístori falleció en Madrid a la edad de 82 años. La mayor parte de su vida la dedicó a la enseñanza de la Historia del Arte comenzando su carrera profesional en las Universidades de Santiago y Valladolid sucesivamente, donde ejerció como Catedrático de Historia General del Arte, de Historia del Arte Medieval y de Historia del Arte Moderno y Contemporáneo, entre 1949 y 1963. A partir de esta fecha se incorporó a la Universidad Complutense de Madrid, donde además de Catedrático de Historia General del Arte, de Historia del Arte Medieval Árabe y Cristiano y de Historia del Arte Cristiano Antiguo y Medieval de la Facultad de Filosofía y Letras, fue Decano de la misma durante los períodos comprendidos entre 1967-1970 y 1981-1986, y Decano Honorario de la ya denominada Facultad de Geografía e Historia desde 1986, año de su jubilación. Ocupó también durante dos años (1970-1972) el cargo de Vicerrector de la Universidad Complutense de Madrid.

Entre los muchos méritos, cargos y honores de que fue merecedor a lo largo de su vida profesional hemos de destacar el Premio Nacional de Literatura de la

\* (Vigo, 1919-Madrid, 2001) Académico Correspondiente por Madrid de la Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi desde 1977.

Dirección General de Bellas Artes que obtuvo en 1961, por *Alonso Berruguete, cuatro ensayos*; la Encomienda de la Orden de Alfonso X El Sabio en 1964; la Medalla de Plata de la Universidad Complutense de Madrid en 1974; la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes y el título de Doctor Honoris Causa por la Universidad de Alicante en 1991 y la Insignia de Oro de la Universidad de Santiago de Compostela en el año 2000.

Fue nombrado Académico numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid en 1974, donde desempeñó el cargo de Académico Director del Museo. Asimismo, fue miembro correspondiente de las Reales Academias de Bellas Artes de Barcelona, Toledo, Sevilla, Cádiz, La Coruña y Valladolid.

Perteneció a los Patronatos de los Museos del Prado, Naval, Arqueológico Nacional, de Arte Contemporáneo, Nacional de Escultura, de Reproducciones Artísticas y de la Alhambra. También formó parte, entre otras entidades, de la Hispanic Society, del Instituto de Estudios Madrileños (CSIC), de la Junta de Gobierno del Patronato Menéndez y Pelayo del CSIC y de la Junta Directiva de la Sociedad de Estudios Medievales.

Entre los títulos que publicó, además de innumerables estudios monográficos, destacan su célebre *Historia del Arte* (Epesa), conocido como «El Azcárate», que fue reeditado en múltiples ocasiones desde su primera edición en 1946; *Monumentos Españoles; Escultura del siglo XVI*, (Ars Hispaniae, vol. XIII); *La Arquitectura gótica toledana del siglo XV*; *El protogótico hispánico* (discurso de ingreso en la Real Academia de San Fernando); *La Arquitectura. De los orígenes al Renacimiento*, tomo III de la «Historia del Arte» de Carroggio; *Arte gótico en España* (Ed. Cátedra), etc. Asimismo colaboró, entre otros estudios, en el *Inventario de los Monumentos Histórico-Artísticos de España*, en los inventarios artísticos de las provincias de Madrid, Guadalajara o Toledo, en el *Catálogo monumental de la provincia de Álava*, o en la *Historia del Arte* de la editorial Anaya que se publicó por primera vez en 1978.

Pero me van a permitir que a partir de este momento, más allá de incidir en lo ya señalado en su larga y brillante carrera como historiador del arte, en los títulos que publicó, en sus cargos y honores o en su faceta de profesor que marcó a muchas generaciones, le dedique estas palabras al hombre que me enseñó muchas de las cosas que me han posibilitado estar hoy aquí. Al maestro con el que aprendí no sólo cuestiones profesionales sino también actitudes vitales; que me enseñó a trabajar en equipo y a saber distinguir las situaciones realmente importantes de la vida de las que no merecen ni uno sólo de nuestros pensamientos. Me van a permitir que me refiera a él como Don José María, el hombre que a pesar de estar muy arriba nunca mostró la distancia del encumbrado y que por el contrario siempre estuvo ahí.

*A Don José María. Recuerdos muy personales*

No tuve la suerte de conocer al profesor Azcárate durante mis estudios universitarios. Estudié en la misma facultad en la que él pasó casi toda su vida y sin embargo nunca coincidí con él. Cuando le conocí, hará unos 15 años, estaba organizando y estructurando el Museo de la Real Academia de San Fernando como Académico director del Museo. Ese inmenso proyecto él lo convirtió en algo natural, nada forzado, lo convirtió en un placer cotidiano y en una misión de «todos». Lo hacía sencillo porque era una persona sencilla y sé que disfrutó mucho con este reto. Para ponerlo en marcha pensó dar una oportunidad a gente que como yo empezaba su vida laboral y así formó un equipo nada consolidado en principio, pero que entorno a él fue cogiendo fuerza con el tiempo. «Las azcaratinas» nos llamaban, pero quien esto decía no se daba cuenta de lo que realmente significaba ese título, porque para mí siempre fue un título y de honor. Sin embargo, he de decir que no era un hombre fácil y que tenía un fuerte carácter, rasgos que suelen caracterizar a las personas carismáticas y brillantes. Pronto comprendí lo que pretendía cuando a la vez que formaba un equipo fomentaba las individualidades; pronto entendí que nos estaba exigiendo un esfuerzo personal más profundo que el que supone el trabajo bien hecho. Nos estaba enseñando la necesidad de sacar lo mejor de nosotros mismos intelectual y humanamente, como individuos, para poder comprender, colaborar y aportar al conjunto lo necesario para sacarlo adelante. Y comprendí que en realidad no hacía otra cosa que reflejar en el mundo laboral la dinámica de la vida. Eso era lo que pretendía, aunque me temo que no siempre fue entendido así, ni por todos los miembros del conjunto ni por los que se permitían juzgar desde fuera.

Siempre admiré en él su sobriedad, su autenticidad, el ser como era en todas las situaciones sin considerar la necesidad de tomar una u otra actitud dependiendo del momento o de la persona que tuviera delante. Podría seguir hablando de sus cualidades y de cuánto le admiraba..., podría seguir ensalzando su franqueza, su capacidad de trabajo, su discreta manera de estar en todo, su cordialidad..., pero llegaría a sentir que no voy a ser entendida como pretendo, desde los sentimientos, sino que estas letras podrían confundirse con un discurso de loa sobre una personalidad importante que nos ha dejado y a la cual hay que rendir obligado homenaje..., y Don José María no era para mí una personalidad importante sino una muy, muy importante persona, un referente en mi vida profesional.

Hacía nueve años que no le veía, desde que decidí dejar mi tierra para hacer mía esta otra, que es la de la mayoría de ustedes, pero aun así siempre supe que estaba ahí. Son sensaciones, porque no volví a hablar con él en todos estos años consciente de que yo era uno más de sus «discípulos» y no me permití irrumpir en sus asuntos porque conocía sus innumerables ocupaciones. Pero sabía de su vida por Isabel, una de sus hijas, y también sabía que ella le contaba sobre mí.

Así me enteré de que había dejado el cargo de Director del Museo de la Academia y de como su salud empeoraba lamentablemente cada día. Ambas cosas me conmovieron mucho, porque sabía lo que significaba para Don José María ese Museo y sobre todo lo vital que era para él la capacidad de ser independiente, de salir y entrar a su antojo, de moverse libremente. Me llamaba mucho la atención que incluso cuando comenzaron a fallarle las fuerzas mantuviera su habitual costumbre de desplazarse por la ciudad en metro, o el hecho de que a la mínima oportunidad sacara a sus alumnos de las aulas, se subiera al tren y realizara una de sus habituales clases magistrales en Toledo, Guadalajara o Segovia. No tenía límite. Para él no existían las barreras... Cuando me enteré de que estaba en una silla de ruedas pensé que era lo peor que le podía pasar a una persona tan vital como él. Pero de nuevo nos dio una lección a todos y aprendió a vivir así.

Siempre me ha impresionado mucho ese proceso por el cual cuando muere alguien a quien no veíamos hacía tiempo, de forma mágica pasa a formar parte de nuestra vida cotidiana; y mientras que antes apenas pensábamos en él, tras su marcha se convierte en un compañero de viaje. Esto, sin embargo, no me ha sucedido con Don José María porque sencillamente sigue siendo después de su muerte lo que fue para mí en vida, alguien muy importante que me ayudó a crecer, un referente que me acompañó y me acompañará siempre. Su memoria permanecerá sin duda a través de su extensa obra, pero vivirá con mucha más fuerza por la huella que dejó en las personas que tuvieron el placer de conocerle.

VICTORIA DURÁ OJEA